

relacionaban con tantas causas y consecuencias que era imposible seguirles.

Un médico joven al que hay que mencionar por las esperanzas que despierta, el Dr. Juan Benezet Peñaranda, muy campesino él, me ha traído unos libros antiguos que guardaban sus antepasados y el que los recoja en lugar de tirarlos ya dice bastante de sus méritos y cuidados y de los frutos que puede ir dando.

Uno de esos libritos en octavo trata de las enfermedades del pecho y empieza por el estudio de la ronquera. No hay que reirse ni extrañar las minuciosidades de los autores para puntualizar las observaciones, aunque el oficio solo se aprende machacando y los sentidos solo se educan adiestrándolos mediante pruebas reiteradas, si bien a pesar de todo, debemos reconocer humildemente que siempre se sigue recordando el caso y la persona que se prestaron a confusión o nos dejaron el amargo sabor de la duda.

Sin vanidad pero con verdad de no considerarnos inútiles como me decía un día nuestro Don Saturnino Martínez, podríamos ampliar un poco la exposición de la ronquera en el librito del joven Dr. Benezet, diciendo lo difícil que resultaba diferenciar a oído la ronquera del sifilítico, tan frecuente entonces, de la del tuberculoso, no menos frecuente, de la del canceroso o el catarroso o el garrotillo que el médico avezado diagnosticaba desde la puerta, como al pulmoniacó o al del cuerpo extraño.

Marañón que le tocó vivir y aprender medicina en el momento de los cambios más importantes, habla de los clínicos con una admiración y con un conocimiento que solo puede comprender la gente de su época que se haya encontrado en ese entronque que todavía influye en las generaciones que le seguimos.

Don Gregorio destaca de su tiempo los dos maestros que más influyeron en la enseñanza de la medicina y que dieron lugar a las generaciones de médicos de fama universal, como la suya misma, Medinaveitia y Sañudo, de la escuela francesa este y de la alemana don Juan, con una firmeza a machamartillo resultando el diagnóstico sobre una pirámide de síntomas contrastados y repasados luego sobre el cadáver en sentido inverso, porque las lesiones hay que suponerlas, deducirlas, justificarlas, verlas y si se puede comprobarlas y razonarlas, pues un solo caso bien observado, vale y enseña más que miles menos considerados.

De otros maestros, porque el Hospital General fue un venero inagotable de eminencias médicas, Codina, Huertas, Espina, Hergueta, Giol, etc., que se codeaba sin desdoro con las de la facultad, habla don Gregorio con su fina sensibilidad y con motivo del fallecimiento de don Francisco Huertas, pondera como es de justicia, en la Real Academia las cualidades sobresalientes que distinguían a estos hombres, su laboriosidad y su sentido del deber.

Si hubiera la desgracia de que todavía se produjeran los cuadros clínicos de la época pre-antibiótica y sin saber manejar el laringoscopio, veríamos lo que pasaba con las apreciaciones acústicas para distinguir las ronqueras, confundibles muchas veces por si mismas, si no se atiende el cuadro general del paciente, solo cogiéndole el pulso, mirándole a la cara y oyendo las contestaciones para deducir la clase de ronquera y su posible causa para tratarla. Hay que suponer las veces que se repetiría el incidente aquel de Pincha uvas (Don Ramón Jiménez) que hablaba de la arteria aorta como de la arteria mas grande del mundo y le decía a Herreros, su auxiliar, cuando se trataba de distribuir algo en la sala:

—Multiplica tú Dionisio, que yo no tengo la cabeza para esas cosas.